

nente lección de amor a su vocación docente y a la independencia en política.

Antes de morir, el 7 de septiembre de 1983, había entregado su última colaboración periodística, “El arte de envejecer”, tema del que escribía con plena experiencia, pues Salvador Azuela fue un gran universitario y un gran mexicano, de joven, de adulto y de anciano. Vasconcelos dijo de él que era “espejo de juventudes”. El elogio fue preciso en su evaluación aunque parco en su temporalidad, pues Salvador Azuela fue siempre admirable.



Francisco Larroyo.

## Francisco Larroyo

(1958 a 1966)

*Agustín G. Lemus Talavera*

“[...] todos los hombres filosofan, sean o no conscientes de ello [...]” afirmó Larroyo. Del mismo modo pudo haber dicho que, conscientes o no de ello, todos los hombres hacen pedagogía; porque, si la reflexión es base de la filosofía, la acción que educa lo es de la pedagogía.

El doctor Francisco Larroyo fue el principal promotor de la fundación del Colegio de Pedagogía y de la carrera profesional de la pedagogía universitaria en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Filósofo, educador y escritor; maestro y doctor en filosofía y maestro en ciencias de la educación; becario en Alemania durante tres años; profesor en las escuelas Nacional Preparatoria, Normal de Maestros, Normal Superior (de la cual fue cofundador), y en la Facultad de Altos Estudios, donde sucedió a Ezequiel A. Chávez en la cátedra de Filosofía de la educación. Fungió como director del Instituto Nacional de Pedagogía y como director general de Enseñanza Normal.

Fue secretario y director de la Facultad de Filosofía y Letras; presidente de sociedades nacionales e internacionales de filosofía y del Ateneo Mexicano de Ciencias de la Educación, así como primer coordinador de Humanidades de la Universidad. Promovió la creación de la Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana. Presidió el XIII Congreso Internacional de Filosofía. Autor de más de treinta y cinco obras sobre filosofía, educación y psicología y traductor de Windelband y Natorp. Quizá su último empeño universitario fue la instauración de la disciplina de la pedagogía en la Universidad.

Sin embargo, para él, como para los demás labradores de la pedagogía universitaria, no hubo en vida, ni en su muerte, homenaje alguno

en nuestra Casa de Estudios. Nuestra cultura, después de tanta brega, no ha sido capaz de hacer de la gratitud una fuerza educadora del espíritu. La deuda pesa, ya, cuatro décadas.

El martes 12 de abril de 1955, dictó en el aula 311 su primera lección en el nuevo Colegio de Pedagogía: El valor formativo de la historia de la pedagogía; al día siguiente, a las siete de la tarde, en el aula mayor, 306, dictó para toda la Facultad su lección magistral: La teoría pedagógica como ciencia de la educación. Desde entonces, expositor brillante, llenó durante varios años el aula mayor con sus lecciones magistrales, haciendo perdurar la herencia docente de las grandes *lectio magistri*, sobre las cuales descansó la fama educativa de las más prestigiadas universidades.

Como consejero técnico del Colegio de Pedagogía su tiempo fue breve debido al ascenso a la Dirección de la Facultad, en la cual, durante ocho años (1958-1966) realizó labor eminentemente académica, fructífera y formal. Creó los anuarios para los Colegios, las bibliotecas especializadas, y edificó espacios para los seminarios doctorales; entre ellos los de Filosofía de la educación, Didáctica de la enseñanza superior e Historia de la educación en México.

Se retiró de la UNAM en 1966 para entregarse de lleno al trabajo de escritor. Vivió como humanista, buscando la más plena y exacta dimensión del hombre a partir del hombre, para su encuentro con la verdad. Murió accediendo al tiempo que no resiste medida, al horizonte que no reconoce frontera, al espacio, único, que puede contenerlo todo sin acabarse, a la dimensión espiritual donde puede alcanzarse, como recompensa por la búsqueda sincera, la religación indestructible con lo imperecedero.

Nacido en Zacatecas, México, en 1908, cerró su ciclo vital el 10 de junio de 1981. En forma póstuma se publicó el *Diccionario de pedagogía*, su último aporte al quehacer del que siempre huyó sin lograrlo, el de la pedagogía, a la cual dio contenido, sentido, impulso y realidad en la Universidad.

“Yo no soy pedagogo, soy filósofo; los pedagogos son ustedes; he incursionado en la pedagogía por necesidad de satisfacer una inquietud de mi quehacer filosófico”. Esto me dijo el doctor Larroyo cuando acudí a despedir al maestro, al término de su periodo como director de la Facultad de Filosofía y Letras. No supe, entonces, de qué inquietud se trataba; pero supe después, de labios de María Guadalupe, la noble compañera de su vida, que, moribundo, le inquietaba alcanzar a escribir su rectificación filosófica. Quien, así sea al final de la vida, descubre su más íntimo y valioso mensaje para entregar a los demás, no puede sino tener entraña de docente. Ahora sé que Francisco Larroyo fue educador por su vocación, pedagogo por su acción y maestro por su significación.

Queden estas líneas para el maestro Larroyo como un grano de justicia en la báscula del tiempo y como una gota agradecida en el seno de la vida, hoy, en que la gratitud, como virtud social, ya no se practica, ya no se educa y ya es, siempre, extemporánea.

## Leopoldo Zea

(1966 a 1970)

*Abelardo Villegas*

El ejercicio profesoral de Leopoldo Zea, quien comenzó a dictar cátedra en la Facultad de Filosofía y Letras desde muy temprano, no se limita sólo a lo que llamaríamos la labor de pizarrón, sino que tiende a estimular en sus jóvenes alumnos el conocimiento de la realidad en torno. Muchos de ellos se han convertido en brillantes investigadores, pero quizá destaca, en este sentido, la organización del grupo Hiperión, que marcó una impronta en la cultura mexicana al proponerse como tema generacional, a finales de la década de los cuarentas, el estudio de lo mexicano. Zea los encabezó pero siempre sostuvo que no se trataba de un estudio narcisista sino tan sólo de un procedimiento para situar lo nacional en la historia universal. Él mismo había iniciado tal inves-



Leopoldo Zea tomando posesión de la dirección de la Facultad, 1966.